

# El drama cósmico de la tauromaquia y el amor<sup>1</sup>

Víctor Manuel Contreras Toledo<sup>2</sup>

Una de las simbologías de la tauromaquia (la lucha contra el toro, el arte de su lidia) es el combate contra el ego, donde el ruedo representaría el círculo astral de la conciencia cósmica. Desde ese sentido, la novela de Vicente Avendaño, apasionado del toreo, culto torero aficionado, con el protagonista “El figura” –su *alter ego*– trasciende el yo, al fundirse, en el final apoteósico, con su rival el toro, el otro, el orto (Santos ecologista convertido en la bestia): Cuerpo de él –Santiago– sacrificado y espíritu del otro –Santos– enamorado también, sacrificado igual, en el cuerpo del animal que por tener alma humana nos recuerda al minotauro; inmolación por amor, por la bella Pilar de ambos amantes.

La lucha se da ambivalentemente, en varios planos: Ego *versus* conciencia universal, conciencia ecológica *versus* tauromaquia, Santiago *versus* Santos, macho *versus* hembra, lo femenino contra lo masculino, lo animal-naturaleza *versus* cultura-civilidad-humanismo, yin *versus* yang, el águila contra la serpiente, conciencia y subconsciencia, vida *versus* muerte, deporte contraarte, tesis y antítesis fundiéndose en una dialéctica que resulta en una síntesis que encuentra el sentido vital y la trascendencia de la muerte y del individuo; cosmos que pone orden y supera las contradicciones y al caos del drama y la tragedia de la vida.

En la lucha *tauromágica* el torero se funde con el toro, logrando una quimera, un nahual, un doble y más, un Minotauro vuelto dios triunfante que con el nombre de Teseo y en nombre del deseo logra la Anábasis al salir del laberinto de la oscuridad al resplandor apolíneo. Confusión y fusión, pasión y armonía, bravura y valiente fragilidad.

Justamente el personaje ecologista, enfundada su alma en el cuerpo del toro, nos recuerda al mito del monstruo (que muestra) y la lucha del héroe que se ofrece al sacrificio para acabar con la maldición que sufre el pueblo de Creta –uno de los orígenes de esta fiesta sagrada–. El toro o el torero expiatorio, como en toda fiesta hierática, purifican con su sangre a la colectividad (transcendiendo el ego). Santiago el torero, representa al héroe en sacrificio, el segundo amor de Pilar que se proyectaría en Ariadna, gracias a la cual, con su hilo mágico (del tejido cósmico, la constelación de la Vía Láctea, el Camino de Santiago), el héroe logra superar el laberinto y acabar con el Toro de Minos y su maldición (caos, contradicción).

El laberinto, amén del inframundo, también es el sexo, el vientre de la mujer, las trompas de falopio –que recuerdan la cabeza del toro– donde se gesta el camino blanco del esperma, superando el dédalo, hacía la luz y su traje de luces, de estrellas, de sol, de Vía Láctea: el triunfo de la vida sobre

1 Reseña sobre Avendaño, V. (2020) *Protagonistas del ruedo*, Puebla: Mandrágora.

2 Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, ORCID iD 0000-0002-768618X, vtoledo22@yahoo.com.mx

la muerte, de la luz sobre la oscuridad (del hombre –cosmos– sobre el caos de la naturaleza pero dando como resultado final el complejo equilibrio de lo femenino y masculino fusionados en la armonía del sentido y el movimiento trascendente y la evolución anclada en su esencia: el misterio. Lucha y arte, sexualidad salvaje (dualismo prehispánico y clásico griego, *tloque nahuaque* universal, significando un más allá sexual bipolar de los dioses. Orgiástica fiesta versus amor sagrado de purificación –que supera el yo, al individuo–, ritual de la sangre ofrecida a los dioses, su máspreciado alimento junto a la ambrosía, el signo del sino).

La fiesta de los toros es más que un circo romano distractor, es una fusión sobreviviente de la habilidad del guerrero mítico (héroe), la belleza sublime de lo salvaje e indomable de la naturaleza (el caos divino que es el orden mayor), una batalla cósmica, un ballet y danza, un drama y tragedia trascendental, un gran rito de la fertilidad (el sentido de la felicidad antiguo y real). Un ritual sagrado complejo y completo.

El arte delicado y deporte terrible de la tauromaquia (donde se juega la vida y se logra la inmortalidad) es una Catábasis con toda su simbología órfica. Eros (la Psique, el alma, la vida) versus Tánatos: Renacimiento, sentido de la trascendencia, trascendencia del Sentido. La sexualidad implícita en el poder animal del toro de lidia y su capacidad de reproducción es el opuesto masculino al traje femenino del torero: los glúteos resaltados por lo estrecho del traje dorado (oro, símbolo de la eternidad, de lo eterno femenino, la vida, la maternidad), pero también el sexo masculino remarcado, un hermafroditismo significativo, se opone a la oscuridad del toro (el macho, el hombre, la muerte, la noche, el laberinto, el sexo femenino), además el torero lleva un capote rojo, una vagina-bandera para atraer al toro (y su bravura), del color de la sangre con toda su simbología: muerte, vida, fertilidad, belleza, sexo vital, menstruación astral.

El toreo, entonces, es una fiesta de la fertilidad donde la vida vence a la muerte y los contrarios cambian sus roles dinámicamente, movimiento de la eternidad y de las esferas, de los astros del destino, ciclo cósmico, poesía en movimiento, astrología sangrienta, profunda como el estoque o la cornada. Lo femenino: el frágil torero y su simbología femenina al encajar la espada al monstruo, toma, roba, posee, su virilidad y su poder, su alma pura y salvaje, su hermosa bravura natural, se fusiona con él y triunfa la vida.

El toro al empitonar con su falo de cuerno afilado al torero bebe su sangre, la penetra, para convertirse en Minotauro (el género sexual se ha superado en un género divino). Pero la fiesta está diseñada para que generalmente triunfe el torero, lo eterno femenino (que incluye lo masculino), la vida, la luz, sobre la muerte (la bestia de la sangre, el laberinto de la adrenalina y del misterio). No obstante, el real peligro que sufre el torero, hace que el sacrificio –el diálogo con lo divino– sea complejo, dramático, heroico y verdadero, como todo drama cósmico que en la novela del primer espada Vicente Avendaño ha sido resuelto felizmente, fastuosamente (de Fausto y fasto) en el triunfo del amor, de la vida sobre la muerte, el renacimiento (a través de la purificación): el sentido del Ser.